

y como tal la habia abandonado. Pero habiendo acabado de decirle todo esto, como mi madre no se aquietase, sino que antes bien le instase mas y mas, importunándole con ruegos y lágrimas para que se viesse y disputase conmigo; él entonces como cansado ya de su importunacion, le dijo: *Déjame, mujer, así Dios te dé vida; que es imposible que un hijo de tales lágrimas perezca.* Palabras que mi madre recibió como si hubieran sonado desde el cielo, segun ella me lo repitió muchas veces en nuestras familiares conversaciones.

LIBRO IV.

Recorre los nueve años de su vida, en que desde el año 19 hasta el 28 enseñó retórica, y tuvo una manceba, y se dedicó á la astrologia genética. Despues se duele del excesivo é inmoderado dolor que tuvo por la muerte de un amigo, y el mal uso que hacia de su excelente ingenio.

CAPÍTULO I.

Del tiempo que empleó en engañar y pervertir á otros, y de los medios que usaba para ello.

1. Durante aquel mismo espacio de los nueve años que he dicho, contados desde los diez y nueve de mi edad hasta los veinte y ocho, viví engañado y engañando á otros; y entre la variedad de mis deseos y apetitos, tan pronto era engañado como engañador, ya públicamente, enseñando las artes que lla-

man liberales; ya ocultamente bajo del pretexto y falso nombre de religion, siendo allí soberbio, aquí supersticioso, y en todas partes vano. Por una parte seguia continuamente el humo y aire de la gloria popular, queriendo llevarme siempre los aplausos del teatro, y ser preferido á todos los demás competidores en hacer versos, y llevarme las despreciables coronas con que eran premiados los que salian vencedores en las contiendas de ingenio, y finalmente sobresalir en las locuras de los espectáculos y en la destemplanza de los apetitos; y por otra parte deseando purificarme de todas estas manchas, llevaba que comer á los que entre los Maniqueos se llamaban *escogidos* y santos, para que en la oficina de su estómago me fabricasen ángeles y dioses que me librasen de todos mis pecados. Estos delirios seguia y practicaba entonces en compañía de mis amigos, engañados por mí, que estaba tan engañado como ellos.

Búrlense en hora buena de mí aquellos hombres soberbios y arrogantes, que no han sido hasta ahora saludablemente postrados y abatidos por vuestra mano poderosa, Dios y Señor mio; que yo por eso no tengo de omitir

la confesion de mis infamias, para gloria y alabanza vuestra. Permitidme, os ruego, y concededme que vaya recorriendo mi memoria con exactitud los pasados rodeos y extravíos de mis errados procederés, y que de todos ellos os haga un sacrificio con que mi alma quede llena de júbilo y alegría. Porque á la verdad, si Vos no me guiais y vais conmigo, ¿qué seré para mí quedando solo, sino una guia ciega que me vaya llevando al precipicio? Y por el contrario, cuando hago algo de bueno, ¿qué hago yo sino recibirlo de Vos, ó qué soy sino un niño que recibe el néctar de vuestros pechos, ó cuando mas, un hombre que se sustenta de Vos mismo, que sois manjar incorruptible? Y ¿qué es cualquier hombre, sea el que fuere, si al fin no es mas que un hombre? Pues búrlense de mí en hora buena esos espíritus fuertes y poderosos; mientras que yo flaco y pobre confieso vuestro nombre y os alabo.

CAPÍTULO II.

De como enseñaba retórica: de la fidelidad que guardaba á una mala amistad que tenia; y como despreció los pronósticos de un agorero.

2. Enseñaba yo en aquel tiempo la retórica, y vendía aquel arte de elocuencia que sabe vencer y dominar los corazones, siendo al enseñarla vencido y dominado yo de la codicia. Pero bien sabeis, Señor, que lo que mas deseaba era tener buenos discípulos, en el sentido en que comunmente se llaman buenos ¹, á los que sin engaño alguno les enseñaba el arte de practicar engaños; no para que jamás usasen de ellos contra la vida de algun inocente, sino para defender alguna vez al culpado. Y Vos, Dios mio, visteis desde léjos esta fidelidad que iba á perderse por un camino tan resbaladizo, y centellear entre mucho humo aquella buena fe mia con que enseñaba á los que, como yo, *amaban la vanidad y buscaban la mentira.*

En aquel mismo tiempo tenia yo una mujer, no que fuese mia por legítimo matrimo-

nio, sino buscada por el vago ardor juvenil escaso de prudencia; pero era una sola, y le guardaba tambien fidelidad: queriendo saber por experiencia propia la diferencia que hay entre el amor conyugal pactado mutuamente con el fin de la procreacion, y el pacto de amor lascivo, en el cual suele tambien nacer algun hijo contra la voluntad de los amantes, aunque despues de nacido los obliga á que le tengan amor.

3. Tambien hago memoria de que habiendo yo voluntariamente entrado en una oposicion pública de poesia dramática, me envió á decir no sé qué agorero, cuánto le habia de dar, porque él me asegurase la victoria; y yo detestando y abominando aquellos feos sacrificios, le respondí que aunque aquella corona de frágil *yerba* que se habia de dar al vencedor, fuera de oro é inmortal, no permitiria que para que yo la lograra, se matase siquiera una mosca. Porque en sus sacrificios y conjuros habia él de quitar la vida á algunos animales, y con aquellos honores que hacia á los demonios, le parecia que los convidaba y movia á que me favoreciesen. Pero bien conozco, ó Dios de mi alma y de

mi corazón, que el haber yo desechado y abominado aquella maldad, no fue por amor vuestro, porque aun no sabia amaros, pues ni acertaba á imagináros sino como una luz y resplandor corporal. Y una alma que suspira por semejantes ficciones, ¿no es cierto que anda muy distraída de Vos, poniendo su confianza en falsedades, y apacentándose de los vientos? Es verdad que no quisiera yo que por mí se hiciera sacrificio á los demonios, siendo así que yo mismo con aquella superstición me sacrificaba á ellos; porque ¿qué otra cosa es apacentarse de los vientos, sino dar de comer á los demonios, esto es, servirles de deleite y diversion con nuestros errores?

NOTA.

¹ Los sacó muy aventajados, insignes y famosos, como fueron Licencio y su hermano, hijos de Romaniano su protector y amigo; Eulogio que le sucedió en la cátedra de retórica, san Alipio, etc.

CAPÍTULO III.

Como dejó el estudio de la astrología á que se habia dedicado, por consejo de un anciano bien instruido en medicina y física.

4. Por eso no cesaba de consultar á aquellos otros impostores que llamaban matemáticos ¹, porque estos no usaban de sacrificio alguno, ni oraciones y conjuros dirigidos á los demonios para adivinar; no obstante que sus predicciones tambien las reprueba y condena la cristiana y verdadera piedad. *Lo bueno y justo es confesarse á Vos, Señor, y decirnos: Tened misericordia de mí, y sanad mi alma, pues ha pecado contra Vos; y no abusar de vuestro perdon para volver á pecar, sino tener muy presente aquella sentencia del Salvador: Mira, hombre, que ya estás sano; no quieras pecar mas, no sea que te suceda algo peor.* Esta saludable doctrina intentan de todo punto destruirla dichos astrólogos cuando dicen: «Del influjo de los cielos nace á los «hombres la causa inevitable de pecar: el «planeta Vénus, ó Saturno ó Marte hicieron

«esto ó aquello.» Y esto lo dicen, para que el hombre que es carne y sangre, y corrupcion soberbia, quede disculpado, y se atribuya el pecado al Criador y Gobernador del cielo y de los astros. Y ¿quién es este sino Vos, Dios nuestro, que sois dulzura y suavidad inefable, origen y fuente de toda la justicia, *que dais á cada uno segun sus obras, y no despreciais un corazon contrito y humillado?*

5. En aquel tiempo habia un hombre muy hábil, muy sábio y excelente en el arte de medicina ², el cual en nombre del cónsul á quien pertenecia la accion, habia puesto con su mano propia la corona, que yo habia ganado en el certámen de poesía, sobre mi cabeza mal sana; aunque esto no lo hizo en cuanto médico, porque de aquella mi dolencia solo Vos sois el médico, que sois quien *resiste á los soberbios, y da gracia á los humildes*. Pero ¿acaso dejásteis de servirlos tambien de aquel anciano para mi provecho y para el remedio y medicina de mi alma?

Pues como yo me habia hecho muy familiar suyo, y asistia continua y atentamente á sus razonamientos (que sin adorno y hermosura de palabras eran gustosos y graves por

lo agudo de sus sentencias), luego que conoció por mis conversaciones que yo estaba muy dedicado á los libros astrológicos, me amonestó benigna y paternalmente que los arrojase de mí, y no gastase mi cuidado y estudio en aquella locura y vanidad, pudiendo emplearle en cosas útiles. Tambien dijo, que él habia aprendido de tal suerte aquel arte, que en los primeros años de su edad quiso seguir aquella profesion para ganar de comer; esperando que, pues habia entendido á Hipócrates, tambien podria entender aquellas doctrinas; pero que no por otro motivo las habia dejado y seguido la medicina, sino porque habia llegado á conocer que eran falsísimas; y siendo un hombre de juicio, no queria ganar la comida engañando á los hombres. «Pero tú, dijo él, tienes la cátedra de «retórica con que sustentarte y vivir en el «mundo; y sigues esta falsedad engañosa, «no por necesidad, sino voluntariamente y «por tu gusto; por lo que tanto mas debes «creerme lo que te digo de aquel arte, pues «trabajé por saberlo tan perfectamente, que «pensaba mantenerme de aquella profesion «sola.» Y habiéndole preguntado, cuál era la

causa de que por medio de aquella doctrina se pronosticasen muchas cosas que salian ciertas; me respondió lo mejor que pudo, que la fuerza de la suerte esparcida por todas las cosas naturales era la que causaba esos aciertos. Porque, decia él, si muchas veces queriendo alguno saber algo por suerte, y valiéndose para esto de los versos de cualquier poeta (en los que su autor dijo é intentó otra cosa muy distinta) suele suceder que el verso se acomoda y ajusta maravillosamente al asunto y negocio que se buscaba; no será mucho que del alma humana movida de superior instinto, y sin advertir esa mocion que se hace en ella, salga alguna respuesta por suerte y casualidad, no por arte ni regla, que se acomode y adapte á los hechos y asuntos de quien hace la pregunta.

6. Y esto, Señor, me lo procurásteis enseñar por medio de aquel sabio médico, que estaba ya desengañado de aquellas falsedades, y dejásteis con esto delineado en mi memoria lo que yo por mí mismo habia de buscar é investigar en adelante. Pero entonces ni el anciano médico ni mi amadísimo Nebridio, mancebo de gran bondad y gran jui-

cio, que se burlaba de todo aquel arte de adivinar, pudieron persuadirme que dejase el estudio de aquellas doctrinas; porque me movia todavía mas que ellos la autoridad de los autores de aquellos libros, y porque aun no habia hallado un documento seguro y convincente, como le buscaba, que me pusiese en evidencia que las cosas que sucedian conforme las predijeron los astrólogos cuando se les consultaba, salian verdaderas por la suerte y el acaso, y no por el arte de la observacion de los astros.

NOTAS.

¹ En tiempo del Santo se daba el nombre de matemáticos principalmente á los astrólogos *judicarios*, que tambien llamaban *planetarios*, porque hacian sus predicciones observando los planetas, y *genelliacos*, porque pronosticaban la vida, costumbres y sucesos del infante, observando la situacion que tenian los astros en el instante del nacimiento. Contra los cuales habla el Santo mas abajo en el libro VII, cap. VI; en el libro 3 de la Ciudad de Dios, y en otras partes, impugnándolos con solidez y eficacia. Tambien los condena el Derecho canónico, cap. 2 de Sortilegio; el concilio Tridentino, Índice lib. prohib. reg. 9, y Sixto IV, en bula particular contra astrólogos, y tambien el Derecho civil, leg. 9, cón-

ce 1, 18. Pero en nuestros dias no se toma el nombre de matemáticos en ese sentido, generalmente hablando; sino que significa los que estudian y profesan la aritmética, geometría, astrología lícita, y otras artes que se llaman matemáticas.

² Este era Vindiciano, de quien vuelve á hablar despues en el libro VII, cap. VI.

CAPÍTULO IV.

Refere la enfermedad y bautismo de un amigo suyo á quien él habia pervertido, cuya muerte sintió y lloró amargamente.

7. En aquellos años, y al mismo tiempo que habia comenzado á enseñar en la ciudad en que nació, habia adquirido un amigo, que porque estudiamos juntos, por ser de mi edad y estar ambos en la flor y lozania de la juventud, llegó á serme muy amado. Desde niños habíamos crecido juntos, habíamos ido juntos á la escuela, y juntos habíamos jugado. Pero entonces aun no era tan estrecha nuestra amistad; aunque ni tampoco despues cuando digo que le amé tanto, era nuestra amistad tan verdadera como debe ser; porque solo es verdadera amistad la que Vos for-

mais entre los que están unidos á Vos por la caridad que ha derramado en nuestros corazones el *Espíritu Santo*, que nos fue enviado y dado.

Pero no obstante era para mí aquella amistad dulcísima, y sazónada con el fervor de nuestros iguales cuidados y estudios. Porque tambien le habia yo desviado, aunque no entera y radicalmente, de la verdadera fe que siendo jóven seguia; y le habia inclinado á aquellas falsedades supersticiosas y perjudiciales, que hicieron á mi madre llorar tanto por mí. De modo, que aun en el error que seguíamos interiormente, éramos iguales, y no podia mi alma hacer nada sin él. Pero hé aquí que Vos yendo á los alcances á vuestros siervos fugitivôs, como *Dios de las venganzas*, y al mismo tiempo fuente inagotable de las misericordias, convirtiéndonos á Vos por caminos y modos admirables, sacásteis de esta vida á aquel mancebo, cuando apenas se habia cumplido un año de nuestra amistad, que me era mas deliciosa que todas las delicias que en aquel tiempo gozaba.

8. ¿Quién hay que sea él solo suficiente á contar los motivos que tiene para alabaros,

por lo que ha experimentado solamente en sí mismo? ¿Qué es lo que entonces ejecutásteis, Dios mio? ¡Oh cuán insondable es la profundidad de vuestros juicios! Porque estando aquel amigo mio enfermo de calenturas, le dió una vez un síncope, que le duró mucho tiempo, juntamente con un sudor mortal; y viéndosele ya sin esperanzas de vida, se le dió el Bautismo, sin que él lo supiese, ni pudiese conocerlo, lo cual me dió poco cuidado, persuadiéndome que su alma conservaria mejor lo que yo le habia enseñado, que lo que se ejecutaba en su cuerpo, sin saberlo él ni advertirlo. Pero muy al contrario sucedia; porque él volvía en sí y con salud en el alma*.

Luego al punto que pude hablarle (y pude luego que él pudo oírme, pues no me apartaba de su lado, y mutuamente pendíamos uno de otro), intenté burlarme del Bautismo que le habian dado, cuando se hallaba muy léjos de tener conocimiento ni sentido: creyendo yo que él tambien se burlaria con-

* No han entendido, ó no han explicado bien este pasaje nuestros traductores: como quiera debe suponerse que el jóven habria antes manifestado deseos de recibir el Bautismo.

migo de aquel hecho, como que ya sabia entonces que le habian bautizado. Mas luego que oyó mi burla, me mostró tanto horror como si fuera yo su mayor enemigo, y me amonestó con una admirable y repentina libertad, que si queria ser amigo suyo, no volviese á hablar de aquello por aquel estilo. Yo entonces espantado todo y turbado, reprimí lo que se me ofrecia responderle, dejándolo para cuando hubiese convallecido, y estuviese capaz con las fuerzas de su cabal salud, para poderle yo decir entonces todo cuanto quisiese. Pero pocos dias despues, estando yo ausente, le acometieron otra vez las calenturas, y se murió: mejor dicho, fue como arrebataado de entre las manos de mi locura, para estar bien guardado junto á Vos para mi consuelo.

9. Sentí tanto su pérdida, que se llenó mi corazon de tinieblas, y en todo cuanto miraba, no veía otra cosa sino la muerte. Mi patria me servia de suplicio, y la casa de mis padres me parecia la morada mas infeliz é insufrible; todo cuanto habia tratado y comunicado con él, se me volvía en cruelísimo tormento, viéndome sin mi amigo. Por todas

partes le buscaban mis ojos, y en ninguna le veian: aborrecia todas las cosas, porque en ninguna de ellas le encontraba, ni podian ya decirme, como antes cuando vivia, y estaba fuera de casa ó ausente, espera, que ya vendrá. Estaba yo trocado en un confuso enigma sin entenderme á mí mismo, y preguntaba á mi alma: *Por qué estaba tan triste, y por qué me afligia tanto*; y no tenia qué responderme. Y si le decia: *Espera en Dios*, con razon me desobedecia; porque mas verdadero ser tenia, y mucho mejor era aquel amadísimo hombre que habia perdido, que aquel fantasma que yo entonces creia Dios, y en quien le mandaba que esperase. Solo el llanto me era mas dulce y gustoso, y el sucesor de mi amigo en causar las delicias de mi alma.

CAPÍTULO V.

Por qué los afligidos é infelices tienen gusto en llorar.

10. Mas ahora, Señor, ya que pasaron todas aquellas cosas, y con el tiempo se me ha mitigado el dolor de aquella herida, ¿po-

dré escuchar de Vos que sois la verdad eterna, y aplicar los oidos de mi alma á vuestra boca, para que me digais, por qué el llanto es gustoso á los desventurados y afligidos?

¿Por ventura, Señor, no obstante que estais presente en todas partes, será posible que estén muy léjos de Vos nuestras necesidades y miserias? Vos, Señor, inalterablemente permanecéis en Vos mismo; pero nosotros nos mudamos continuamente, experimentando siempre diversos acaecimientos y novedades; y no nos quedara siquiera el consuelo de la esperanza, si no llegaran á vuestros oidos nuestras lágrimas.

Pues ¿en qué consiste que el gemir, el llorar, el suspirar, el quejarse, se tiene como un fruto suave y dulce que se coge de la amargura de esta vida? ¿Acaso lo que hay dulce y gustoso en el llanto es la esperanza que tenemos de que Vos oigais nuestros suspiros y lágrimas? Pero esto era bueno para que lo dijéramos de los ruegos y súplicas que os hacemos, porque siempre van acompañadas del deseo de llegar á conseguir algo. Mas en el dolor y sentimiento de una cosa ya perdida, y en el triste llanto de que entonces es-

taba yo cubierto, ¿podrémos por ventura decir lo mismo? Porque yo no esperaba que mi amigo resucitase, ni con mis lágrimas pretendia tal cosa; sino solamente era mi fin sentir su muerte y llorarla, porque me hallaba infeliz y miserable, y habia perdido lo que causaba toda mi alegría. ¿Ó es acaso que siendo amargo el llorar, nos causa deleite cuando llegamos á tener disgusto y aborrecimiento de las cosas que gozábamos antes con placer y alegría?

CAPÍTULO VI.

De lo mucho que sintió la muerte de su amigo.

11. Mas ¿para qué hablo de esto? pues no es ahora ocasion de haceros preguntas, sino de confesaros mis miserias. Yo era miserable como lo es cualquier alma aprisionada con el amor de las cosas perecederas, que cuando las pierde, la despedaza el sentimiento, y entonces es cuando conoce toda su miseria aun antes de perderlas.

Así me hallaba yo en aquel tiempo, y lloraba amarguísicamente y descansaba en mi

amargura. Tal como esta era mi miseria, y mas que á aquel amigo mio amaba yo la vida miserable que tenia, pues aunque quisiera trocarla, con todo eso no quisiera perderla antes que perderle á él; ni sé si quisiera perderla por él, como se refiere de Orestes y Pí-lades (si es que no sea fingido), que querian morir el uno por el otro, ó entrambos al mismo tiempo, porque tenian por mayor daño vivir el uno sin el otro. Pero no sé qué afecto muy contrario á este habia nacido en mí, pues tenia grandísimo tedio de la vida y miedo de la muerte. Yo creo que cuanto mayor era el amor que le tenia, tanto mas aborrecia y temia á la muerte, como á enemiga cruelísima que me le habia quitado, y juzgaba que ella habia de acabar de repente con todos los hombres, una vez que habia podido acabar con aquel.

Así cabalmente me hallaba yo, que bien presente lo tengo. Ved aquí mi corazón, Dios mio: hé aquí todo mi interior, ved que no lo tengo olvidado, esperanza mia, que me limpiais de la inmundicia de semejantes afectos, atrayendo á Vos los ojos de mi alma, y *librando mis piés de los lazos que me tenían en-*

redado. Me admiraba de que los demás mortales viviesen ; pues habia muerto aquel á quien yo amaba como si no hubiera de morir ; y mas me maravillaba de que habiendo muerto él, viviera yo que era otro él. Bien dijo Horacio hablando de un amigo suyo, *que era la mitad de su alma* ; porque yo creí que la mia y la suya habian sido una sola alma en dos cuerpos. Y por eso me causaba horror la vida, porque no queria vivir á medias y como dividido * ; y por eso quizás temeria el morirme, porque no muriese de todo punto aquel á quien habia amado tanto.

CAPÍTULO VII.

Como se salió de su patria por no poder aguantar este dolor.

12. ¡ Oh qué locura no saber amar á los hombres humanamente ! ¡ Oh qué necio hombre era yo, pues las cosas humanas las padecia sin moderacion ! Y así me acongojaba, suspiraba, lloraba, andaba turbado, incapaz

* Vid. lib. 2 Retract., cap. 6.

de descanso ni consejo. Traia mi alma como despedazada, ensangrentada, impaciente de estar conmigo, y no hallaba donde ponerla. No hallaba descanso alguno ni en los bosques amenos, ni en los juegos y músicas, ni en los jardines olorosos, ni en los banquetes espléndidos, ni en los deleites del lecho, y finalmente ni le hallaba en los libros ni en los versos. Todo me causaba horror, hasta la misma luz ; y todo cuanto no era mi amigo, me era insufrible y odioso, menos el gemir y llorar, pues solamente en esto tenia algun corto descanso. Pero luego que se le quitaba ó estorbaba á mi alma este triste alivio, me abrumaba la pesada carga de mi miseria.

Bien sabia yo que debia levantar mi alma hácia Vos, Señor, para que me la curáseis ; pero ni queria, ni podia, y tanto mas incapaz me hallaba para esto, cuanto lo que yo pensaba de Vos era menos sólido y estable. Porque lo que yo imaginaba no érais Vos : era un vano fantasma lo que en mi error tenia por mi dios. Y si me esforzaba por poner mi alma en aquello que yo imaginaba ser mi dios para que allí descansase ; se resbalaba por no hallar solidez, y volvía á caer sobre

mí, quedando yo hecho una infeliz morada de mí mismo, donde ni pudiese estar ni la pudiese dejar. Porque ¿á dónde podría huir mi corazón que se alejara de sí mismo? ¿á dónde huiría de mí? ¿dónde dejaría de ir tras de mí? No obstante me salí de mi patria; y desde Tagaste me fuí á Cartago, porque allí buscaban menos mis ojos á mi amigo, donde no tenia costumbre de verle.

CAPÍTULO VIII.

Como el tiempo y el trato con los amigos le fueron curando su sentimiento.

13. No se van los tiempos en balde, ni pasan ociosamente por nuestros sentidos, antes bien producen en nuestras almas efectos admirables. Venia y pasaba el tiempo un dia detrás de otro, y viniendo y pasando dias, iba yo adquiriendo nuevas especies y diferentes memorias; así poco á poco volvia á aficionarme á los antiguos placeres, á los que iba cediendo aquel dolor y sentimiento mio: no le sustituian otros nuevos dolores, sino causas y principios de otros dolores nuevos.

Porque ¿de dónde provino que con tanta facilidad y tan intimamente penetrase aquel dolor mi corazón, sino porque yo habia deramado mi alma inútilmente en la arena, amando á aquel hombre, que habia de morir, como si fuera inmortal?

Lo que principalmente contribuyó á mi alivio y restablecimiento, fue el trato y los consuelos de los amigos, que amaban lo que yo amaba en lugar de Vos; y esto era una gran fábula y un tejido de mentiras, con cuyo uso continuado se corrompia nuestra alma complaciéndose en oirlas. Pero aquella fábula no moria para mí, no obstante que muriese alguno de mis amigos.

Otras cosas habia que me estrechaban mas fuertemente á ellos, como el conversar y reirnos juntos, servirnos unos á otros con buena voluntad, juntarnos á leer libros divertidos, chancearnos y entretenernos juntos, discordar alguna vez en los juicios, pero sin oposicion de la voluntad, y como lo suele, uno ejecutar consigo mismo; y con aquella diferencia de dictámenes (que rarísima vez sucedia) hacer mas gustosa la conformidad que teníamos en todo lo demás; enseñarnos mú-

tuamente alguna cosa, ó aprenderla unos de otros, tener sentimiento de la ausencia de los amigos, y alegría en su llegada. Con estas señales y otras semejantes que, naciendo del corazon de los que se aman, se manifiestan por el semblante, por la lengua, por los ojos y por otros mil movimientos agradables que servian de fomento á nuestro amor, encendíamos nuestros ánimos, y de muchos hacíamos uno solo.

CAPÍTULO IX.

De la amistad humana, y que es dichoso el que en Dios y por Dios ama á sus amigos.

14. Esto que acabo de decir es lo que se ama en los amigos, y de tal modo se ama, que se tendria por culpado el hombre que no amase al que le ama, ó no correspondiese con su amor al que le amó primero; sin desear ni pretender de su amigo otra cosa exterior, mas que estos indicios y muestras de benevolencia. De aquí nace aquel llanto y lamento cuando muere algun amigo; de aquí aquellos lutos que aumentan nuestro

dolor; de aquí el tener afligido el corazon convirtiéndose en amargura la dulzura que antes gozaba; y de aquí la muerte de los que viven, por la vida que han perdido los que mueren. Dichoso el que os ama á Vos, y á su amigo le ama en Vos, y á su enemigo por amor de Vos. Porque solo está libre de perder á ninguno de sus amados, quien los ama á todos en aquel que nunca puede perderse ni fallar. Y ¿quién es este sino nuestro Dios, y un Dios que hizo el cielo y la tierra, y que llena tierra y cielo, porque llenándolos los crió?

Á Vos, Señor, nadie os pierde sino el que os deja, y el que os deja, ¿á dónde va, ó á dónde huye, sino de Vos, amoroso y favorable, á Vos mismo enojado? porque ¿dónde no hallará vuestra ley para su castigo? pues vuestra ley es la verdad, y Vos sois la verdad misma.

CAPÍTULO X.

Como la bondad de todas las criaturas es muy limitada y transitoria, é incapaz de dar quietud y descanso á los deseos del alma.

15. *Dios de las virtudes, convertidnos á Vos, mostradnos vuestro rostro, y serémos salvos.* Porque á cualquier parte que se vuelva el corazón del hombre, ha de tener que padecer dolores, si no es que se vuelva hácia Vos; aunque se abraze con las criaturas mas hermosas que están fuera de Vos y fuera de él. Ellas no tuvieran ser alguno si no le hubieran recibido de Vos: ya nacen, ya mueren: nacen como que comienzan á ser; crecen para perfeccionarse, y despues de perfectas envejecen y acaban; pero no ¹ todas las criaturas se envejecen, y todas se acaban. De modo que cuando nacen y caminan á ser, cuanto mas aceleradamente crecen para lograr el lleno de su ser, tanta mas priesa se dan para no ser. Este es el modo propio de su ser y naturaleza. Solamente les habeis dado que sean partes de unas cosas, que no existen to-

das á un tiempo y de una vez; sino que faltando unas y sucediendo otras, forman el universo y el todo, de quien ellas son partes. Así se forma tambien nuestra conversacion y plática cuando la tenemos boca á boca ó de palabra; porque el todo de nuestra conversacion nunca llegaria á tener su ser propio, si despues que una palabra se pronunció en cuanto á todas las sílabas que la componen, no cesara y dejara de ser para que otra palabra le suceda.

Alábeos por estas cosas mi alma, Dios mio, Criador de todas ellas; pero no sea de modo que por los sentidos del cuerpo se quede con apego y algun amor á ellas. Porque van estas cosas caminando sin parar hácia el no ser, y despedazan al alma con pestilentes deseos de existir siempre, y descansar en las mismas cosas que ama. Pero en estas cosas transeuntes y sucesivas no tiene el alma *en donde* parar y descansar, porque ellas como no paran, huyen; y ¿quién es capaz de seguir las con los sentidos corporales, ni de retenerlas aun cuando están mas presentes?

Los sentidos del cuerpo son tardos y perezosos como les corresponde ser á unos senti-

dos corpóreos, y eso es modo y propiedad de su naturaleza. Son suficientes, hábiles y proporcionados para lo que fueron criados; pero no son suficientes para detener las cosas transitorias que van corriendo desde el principio que les corresponde hasta el fin que les está señalado. Porque en vuestra eterna palabra por quien fueron criados, están oyendo que se les manda y dice: *Desde aquí comenzaréis, y llegaréis hasta allí.*

NOTA.

¹ En las ediciones anteriores á la del P. J. M. se lee de otro modo este pasaje, pues dice: *Etenim omnia senescunt, et omnia intereunt*; pero en la citada edicion, que es conforme á los mss., se añade la negacion: *Et non omnia senescunt, et omnia intereunt*. Seguimos esta leccion, ya por ser mas conforme á los mss., ya porque nos parece mas absoluta y universalmente verdadera. La cual sentencia puede entenderse de dos modos: el uno es aplicando la negacion á la primera parte de la sentencia, y no á la segunda, haciendo entonces este sentido: *No todas las cosas se envejecen* (porque muchas acaban antes de envejecerse), *pero todas acaban*. El otro es aplicando la negacion á toda la sentencia, y entendiéndola de las criaturas espirituales, v. g. de los Ángeles y del alma racional, que

no se envejecen ni acaban; y tambien de los cielos aunque materiales y corpóreos.

CAPÍTULO XI.

Que todas las cosas criadas son mudables, y solo Dios es inmutable.

16. No quieras, alma mia, hacerte vana siguiendo la vanidad, cuyo ruidoso tumulto hará ensordecen los oidos de tu corazon. Oye tú tambien al mismo Verbo eterno, que clama y te da voces para que vuelvas á él, donde está el *lugar* de tu quietud inalterable, en que nunca el amor se verá dejado ni despedido, si él mismo no deja ó se despide primero. Atiende á la mudanza de todas las criaturas, que unas dejan de ser para que en su lugar sucedan otras, y así conste de todas sus partes sucesivamente este inferior universo. ¿Por ventura, dice el Verbo divino, yo me ausento ó me mudo á alguna otra parte? Pues fija allí, alma mia, tu mansion, y entrega allí cuanto tienes (pues de allí lo tienes), siquiera despues de verte fatigada con tan repetidos engaños. Vuelve á dar á la